



Columnista - Espacio de Opinión

## OBRAS COMPLETAS DE GABRIELA MISTRAL V CUADERNO: UN CHILE DE POLÍTICA INTELIGENTE

Selección por  
Rodrigo Marcone  
Corporación Lati-  
SUR30



# BENJAMIN SUBERCASEAUX Y SU "CHILE O UNA LOCA GEOGRAFÍA" (I)

Yo no sé que haya un empleo mejor de nuestras potencias que decir el terrón natal: cuando escribimos en la América con pretensiones de universalidad suele parecerme un vagabundaje sin sentido, un desperdicio de la rabiosa exigencia que es la del amor en grande.

Entiendo la alegría grande que habrá dado escribir un libro como Chile o una loca geografía y llegar al remate de un antojo que fue tan ambicioso, y que se ha consumado con la más bella gallardía.

Los contadores de patrias cumplen de veras un acto de amor. El amor antiguo y el medieval iban del encantamiento al furor en un ejercicio pendular, cosa que no pasa con el pobre amor moderno. El texto de usted está lleno de la rabiosa exigencia que es la del amor en grande.

En buena hora ha venido a prestigiarlo el ensayo geográfico y a propagarlo entre los mozos. Va siendo tiempo de que algunos dejen el oficio universal de poetas y se den con una modestia servicial a contar la tierra que les sostiene juntamente los pies trajinadores y la densa pasión. Recuerdo a otros antecesores de su hazaña: el argentino Ezequiel Martínez Estrada, en su magnífica Radiografía de la pampa; el colombiano Luis López de Meza, en su Relato lírico de Colombia; el argentino Eduardo Mallea, en la descripción de la gigante patria puesta en su novela esencial Pasión argentina; y el chileno Agustín Edwards, ensayista de una geografía humanizada (aprovecho esta ocasión para decir el bien que los cinco me habéis hecho y que me ata a vuestra querencia).

Fue natural la explosión de nacionalismo terrícola que cayó sobre el mundo cuando este iba entrando en la arteriosclerosis de lo abstracto absoluto; y era hermosa de verla antes de que pasara a la quemazón insensata de fronteras y a la rapiñería suelta.

Me gusta la idolatría de la tierra que está en todos los folclores y no solo es que la entiendo, sino que la vivo a plena anchura. La tierra fue siempre el gran ídolo, como que ella es la bandeja en que se asientan todas las demás adoraciones humanas.

Hace años me leí un cuento patético que usted me trae a la memoria. Un hombre ha vivido veinte años al lado de su madre, bajo las costras sordas y ciegas del hábito, sin descubrir nunca la belleza de sus rasgos, sin darse cuenta de sus gestos, archinobles por cargados de esencia racial; y ha existido también sin mirarse en ella como en su cuerpo primero, lo cual es el modo recto de mirar a la madre. En un accidente de excursión, la mujer y el hijo quedan solos en el campo. Entonces, en la novedad del paisaje y a una claridad de luna sobre-natural, él ve a la madre de golpe y como por primera vez. Una felicidad estrenada, inocente, que no es sino el despeño de toda su infancia, sube de su ser, bañándolo, remeciéndolo como un torrente. (La mujer deja de ser ella misma pasados los cuarenta años para volverse un mapa vivo de la infancia de sus hijos).

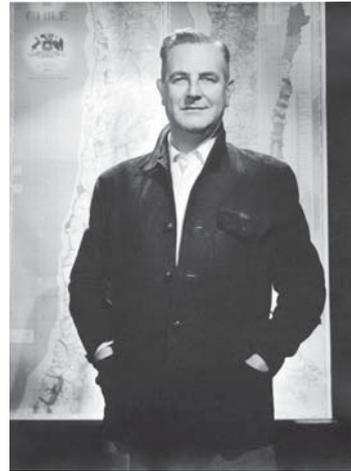
El relato era eslavico y por allí tocado de tragedia. En el relato suyo, filial y realista a la vez, no anda la cabellera de la ménade; sin embargo, usted también ha hecho el redescubrimiento de su madre y a veces el patético salta de su relato sin que usted se dé cuenta.

El destino de su libro me parece tan donoso que se lo envidio buenamente. El servirá de guía al viajero, que hoy se llama legión, al que corre el país sin saber manejar otra cosa que sus barcos y pierde cien puntos técnicos de las comarcas y de la costumbre. Yo pensé alguna vez hacerme en un libro parecido al suyo, el perro de Tobias que condujera a los cegatones propios y extraños por la bien hallada tierra chilena; quise volverme el lazarillo ganoso que trotara al lado de los indigentes de fervor, cuando ellos caminan sin hazaña interna, es decir, sin hallazgo. Ahora yo sobro, amigo mío, porque su libro es sencillamente magistral.

Perdóneme este frío pensamiento pedagógico: estimo su ensayo geográfico sobre todo como un agente de educación en nuestro pueblo. Se lo agradezco como un entrenamiento de los sentidos indoamericanos, hartos inapetentes delante del tendal de la hermosura terrestre. Son asuntos de mucha monta, son grandes señores los cinco sentidos, y en una raza quebrada por la mezcla han caído en gran decadencia. El indio artífice y músico veía y oía mejor que los mestizos. El español galopó su América sin echarle ojeada que no llevara una intención de minas o de huacas, y el propio Alonso de Ercilla llevaba tal viga en el ojo que no vio la selva araucana...

Los profesores sudamericanos que deben enseñar a los niños a ver y sentir el cuerpo patrio, cuando escriben manuales piensan tanto en su aprobación por el ilustre consejo, que no hay modo de que se atrevan como usted a escribir metafóricamente y a entregar un país que aparezca tan vivo como un hermoso animal; el que usted atrapó en sus ojos alienta y quema de vivo...

Aunque nunca fui una ignorante del bulto patrio y me he vivido el país desde sus salinas hasta sus hielos, coseché novedades a manos llenas en el emporio de su libro. Glotona y golosamente devoré las 300 páginas, agradeciendo lo inédito y regustando lo ya sabido, que se recrea al pasar por su cernedor, donde coge unas relumbres de amianto. El escritor sudamericano, un Rubén Darío o un Juan Montalvo, fueron poco deudores de sus países en cuanto a la nutrición espiritual que habrían de buscar en la forastería. ¡Pobrecitos ellos y los que hemos venido después! Mientras que el escritor europeo debe a su continente la masa fabulosa de cultura acarreada por la marea de las generaciones, es hartito flaco, es bien poco, lo que el nuevo mundo nos entrega a nosotros cuando nacemos. Pero en cambio cuánto nos regala en descargo la loca generosidad de la tierra para hacernos perdonar aquellas hambrunas. ¡Qué no da a nuestros sentidos la bien formada, la bien plantada, la que rebosa de sí como las mitologías! Los hijos no hemos sido muy tiernos que digamos con la dadivosa. La naturaleza nuestra parece una vez desatada, que vocee sin parar a una tribu de sordos estupendos. Responder a esa voz, casi nadie. Los mestizos la miran muy india todavía y los otros no se atreven aún con la empresa de mondar esa piña amazona que se sienta sobre espadas. Tienen cierta razón: cuentan las primeras versiones de un paisaje,



y en lo que toca a la costumbre, que está en agraz o es confusa, el ejercicio viene a ser más duro todavía. Por eso habría que estar agradecido a los novelistas indoamericanos y usted recuerda con razón a Mariano Latorre, que desbrozó el campo chileno en una primera excursión corajuda.

Kipling habría celebrado a usted el ánimo hazañoso para emprender la faena del "hombre blanco". No se ha acabado la gesta de los "caras pálidas" en el continente que ganaron y que deben merecer a cada época, pues no lo conquistaron de una vez por todas.

Cuenta usted a Chile especialmente en su originalidad mayor, que es la diferenciación acérrima de sus miembros. Nada tiene de extraordinaria la variedad en los países descomunales: los Estados Unidos, por ejemplo; pero resulta milagrosa en la reducción del planeta llamado Chile. Todo está allí: calvicie geológica, selva dura, largos vergeles, nieves y témpanos últimos. La pluralidad se confunde con el concepto mismo de la hermosura en lo que toca a la Venus tierra y Chile tal vez sea la cosa más plural del planeta. En su carrera magnífica lo han seducido a usted los cien rostros de nuestra Deméter, y a ratos se me asemeja a los devotos hindúes que dan la espalda al Buda uno y van hacia el Vishnú de cien brazos, por predilección de lo numeroso.

Textos  
Obra reunida. Gabriela Mistral Tomo VI. Prosa. Ediciones Biblioteca Nacional.